

Amos Oz

Quizás en otro lugar

Traducción del hebreo de
Raquel García Lozano

 Siruela

Biblioteca Amos Oz

En recuerdo de mi madre Fania

No crean que Metuzdat Ram es una gota que pretende reflejar el océano. Sus habitantes no son de aquí. Como mucho quiere ser el reflejo de un mar brumoso que existe en otro lugar, muy lejano.

Primera parte
Frente a los pescadores

Capítulo uno

Un pueblo bien planificado y encantador

Ante ustedes el kibutz Metzudat Ram.

Al final del verde valle, los edificios del kibutz están dispuestos en una rígida estructura simétrica. Las copas enmarañadas de los árboles no rompen la severa imagen lineal del lugar, tan solo la suavizan. La suavizan y le añaden una dimensión de pesadez.

El color de los edificios es blanco. Casi todos adornados con tejados rojos; un rojo chillón, no un rojo vino. Ese tono dominante contrasta con la cadena de montañas del este, las montañas a cuyos pies se extiende el kibutz, unas montañas que cierran completamente el horizonte. Las montañas están cortadas por abruptos barrancos. Macizos desnudos y rocosos cuyas sombras caen entre sus pliegues y se deslizan lentamente con el avance del sol, como si las montañas quisieran animar su propia desolación con ese melancólico juego de sombras.

Por las terrazas más bajas de las laderas pasa la línea fronteriza que separa la tierra de nuestro estado de las tierras de sus enemigos. Esa frontera, que en los mapas se destaca con una gruesa línea verde que no puede pasar desapercibida, no se ve a simple vista, porque no coincide con la línea de demarcación natural que separa la exuberante vegetación del valle y las tristes y áridas montañas. Y es que la tierra israelí sobrepasa los límites del valle y se extiende también sobre la parte baja de las laderas, hacia la yerma desolación. Así pues, existe un extrañamiento absoluto entre el ojo y la mente, o, para ser más exactos, entre los hechos geológicos y los hechos geopolíticos. El kibutz se encuentra a unos tres kilómetros de la frontera internacional. No podemos determinar con precisión la distancia sin hablar de los sangrientos enfrentamientos entre los dos países enemigos por el correcto emplazamiento de la línea.

El paisaje, por tanto, es rico en contrastes. Contrastes entre lo aparente y lo real y contrastes internos en el ámbito mismo de lo aparente. No nos queda más remedio que utilizar el término «antagonismo», ya que existe una especie de animadversión entre el valle delineado por geométricas parcelas cultivadas y la cadena montañosa yerma y salvaje. Incluso la simétrica arquitectura del kibutz Metzudat Ram no hace más que enfrentarse a la caótica naturaleza que la mira desde arriba con sombría cecección.

El contraste entre las diferentes partes del paisaje es, naturalmente, uno de los motivos principales de la poesía del poeta local de Metzudat Ram. A veces alcanza el grado de auténtico símbolo, como podríamos apreciar si analizásemos los poemas de Rubén Harish. De momento, vamos a tomar prestado el contraste favorito del poeta y a aplicarlo a ámbitos de los que Rubén Harish no se ocupa en sus versos.

Tomemos, por ejemplo, el fuerte contraste entre nuestro pueblo y un pueblo típico, uno de esos que despiertan en la gente de ciudad sentimientos de melancólica nostalgia: si ustedes están acostumbrados a pueblos antiguos, con los tejados apuntando hacia arriba con retorcidas líneas norteñas; si en su mente asocian la palabra «pueblo» con carretas de caballos cargadas de forraje y con horquillas a los lados; si anhelan ver un grupo de cabañas apiñadas alrededor de la torre de una vieja iglesia empapada por la lluvia; si están buscando campesinos alegres con ropas variopintas y sombreros de ala ancha, palomares pintorescos, gallinas picoteando en montones de basura, peligrosas jaurías de famélicos perros callejeros y, sobre todo, si esperan que el pueblo linde con un bosque, con caminos de tierra tortuosos, parcelas valladas, canales donde se reflejan nubes bajas y viajeros embozados buscando el abrigo de una posada; si ustedes se imaginan así el mundo rural, entonces nuestro pueblo les puede sorprender con su fuerte contraste, un contraste que nos obliga a volver a introducir aquí el término «antagonismo». Y es que nuestro pueblo está construido con un espíritu optimista.

Las casas son idénticas unas a otras, como exige la postura ideológica de la gente que vive en un kibutz, una postura que

no tiene parangón en ningún pueblo del mundo. Los conocidos versos de Rubén Harish expresan la esencia de esta idea:

*Frente a un universo turbio, infernal,
frente a una danza lujuriosa, espectral,
frente a una ebria y demente maldad,
frente a un mundo enloquecido y delirante,
encendemos, con nuestra sangre, una luz chispeante.*

Las casas, como ya se ha dicho, son de color claro. Están colocadas guardando siempre la misma distancia. Todas sus ventanas dan al noroeste, porque los constructores quisieron que la edificación se adaptara a las condiciones climáticas. Aquí no hay una aglomeración de edificios que se han ido enredando y ramificando de cualquier manera con el paso de los años, tampoco hay bloques de viviendas que se cierran alrededor de patios ocultos, y es que el kibutz no es amigo de las casas familiares. Por supuesto que no tenemos diferentes barrios separados por oficios. Los suburbios no están destinados a los pobres, ni el centro está reservado para los ricos y poderosos. La rectitud de las líneas, la limpieza de las formas, la contundencia lineal de los caminos de hormigón y de los cuadrados de césped son el resultado de una intensa visión del mundo. Y a eso nos referíamos al decir que nuestro pueblo está construido con un espíritu optimista.

Quien saque de todo esto conclusiones simplistas, como que nuestro pueblo no es pintoresco y que carece de encanto y frescura, solo estará evidenciando sus propios prejuicios. Nosotros haremos bien en encogernos de hombros ante tales opiniones de mal gusto. Y es que el kibutz no está pensado para satisfacer las expectativas sensibleras de la gente de ciudad. No es que nuestro kibutz no sea pintoresco, ni que carezca de encanto, pero su belleza es intensa y viril, y su encanto conlleva un mensaje. Así es.

El camino que une nuestro kibutz con la carretera principal es estrecho y está deteriorado, pero es recto como una flecha. Cuando ustedes vengán hacia aquí, tienen que desviarse de la carretera principal en un lugar señalado con una indicación blanca y verde, moderar la velocidad a causa de los baches y ascender no

muy lejos ya de las puertas del kibutz por una hermosa y pequeña colina (una colina verdosa con la tierra cultivada y en la que no hay que ver el dedo recortado de las montañas apuntando con furia hacia el centro del valle, pues no tiene nada en común con las montañas amenazantes). Detengámonos un instante aquí para que se nos quede grabada en la memoria la impresionante postal que nos ofrece el paisaje. Desde la cima de la colina podemos volver a contemplar el kibutz. Es cierto que la imagen no es sobrecogedora, pero sin duda alegra la vista: las amplias puertas de hierro, la valla inclinada y, al lado, el cobertizo de la maquinaria. Aperos de labranza esparcidos alrededor con alegre negligencia. Modernas construcciones ocupadas por animales: establos, corrales, gallineros. Caminos pavimentados que se ramifican en varias direcciones, bulevares de tupidos cipreses que remarcan el esqueleto del trazado general. Más allá está el comedor, rodeado de cuidados arriates, un magnífico edificio moderno cuyo tamaño se suaviza gracias a la sencillez de sus líneas. Podrán comprobar que el interior no está reñido con el exterior. Irradia elegancia, una elegancia modesta y refinada.

Más allá del comedor, el lugar se divide en dos bloques bien planificados, el barrio de los veteranos por un lado y el de los jóvenes por otro. Las viviendas están inmersas en una abundante vegetación, protegidas por la sombra de las copas de los árboles, adornadas por frescas parcelas de césped y ornamentadas por arriates de flores. Un suave susurro, el susurro de las agujas de los pinos, se mece allí constantemente. El alto granero en el extremo sur y el alto centro cultural en el extremo norte rompen la plana uniformidad del lugar y le confieren una cierta altura. Tal vez ellos puedan sustituir de algún modo a la torre de la iglesia que ustedes, lo reconozcan o no, tienen tan grabada en su imaginación y que tanto relacionan con las imágenes típicas de un pueblo.

En el extremo oriental, en la zona más alejada desde su perspectiva, se extiende un suburbio de barracones. Allí se alojan los de los cursos de aprendizaje y los campos de trabajo, y también las unidades del ejército, todos aquellos que vienen a compartir la carga con nosotros durante un tiempo limitado. Esos barracones le dan a la escena un aire de tiempos pasados, de los tiempos de

los pioneros, parece el retrato de un asentamiento fronterizo habituado a las desgracias y preparado para afrontarlas con espíritu confiado. Ellos y la valla inclinada que rodea el kibutz por todas partes. Nos vamos a detener un instante en este lugar para que puedan admirarlo.

Ahora vamos a alzar la vista y a contemplar los campos floridos alrededor del lugar. Será un deleite para los sentidos. Parcelas de forraje de un verde intenso, campos de frutales sombríos, maizales que responden a los rayos del sol con un ardiente brillo dorado, platanares con una especie de esencia tropical dotada de abrumadora vitalidad, viñedos que se extienden hasta las rocas de las montañas, parras que no caen por tierra con laxitud, sino que están bien atadas a celosías perfectamente alineadas. Las vides, llenas de júbilo, irrumpen ligeramente en la tierra de las montañas. Prueba de ello es que sus raíces muestran una ligera curvatura, como una rodilla débil y cansada. Nos contendremos para no recitar ahora otro de los poemas de Rubén Harish, pero no podemos ocultar nuestro modesto orgullo ante el fuerte contraste que existe entre la cultura de las planicies y el terror de la montaña, entre el valle florido y la cordillera hostil, entre el optimismo confiado y lo que traspasa cualquier orden y aparenta mirar de arriba abajo con un gesto malicioso todo nuestro proyecto.

Por tanto, dispónganse a disparar por última vez sus cámaras de fotos. Hay poco tiempo. Volvemos al coche. Vamos a recorrer el último tramo del camino entre campos reverdecidos.

¿El Jordán? Acabamos de pasar por encima de él. Sí. Ese puentecillo plano. En este lugar y en esta época del año el río apenas lleva agua. Podrán meter los pies en él a la vuelta, después de la visita guiada por el kibutz. Estamos tomando la última curva. Estamos atravesando la puerta de entrada. Enseguida podrán saciar sus almas cansadas con refrescante agua fría. En efecto, el aire, como es habitual en estas regiones, es húmedo y abrasador. Nos reconfortará la cálida hospitalidad, que es el orgullo de las gentes de los kibutz. Bienvenidos, señoras y señores, bienvenidos.